

nido; el embajador lo reclamó, lamentándose de que los privilegios asegurados por el derecho de gentes á los ministros eran desconocidos. Enrique IV respondió «que si los embajadores eran personas sagradas, también estaban obligados á no violar el derecho de gentes, como lo hacían cuando trataban de corromper á los súbditos del príncipe cerca del cual servían, y so color de paz y de amistad, maquinaban contra su persona y su Estado; que el rey de España había sobornado siempre, desde el tratado de Verbins, á sus súbditos para hacerles sublevarse contra su Estado, y que los embajadores habían sido los principales instigadores de estas conspiraciones.» Enrique IV hacía otro tanto: no viendo seguridad alguna en la amistad de la España, sostenía á los Países-Bajos en su lucha contra la dominación española (1). En 1597, envió un embajador á Isabel; en las instrucciones que le dió, se lee: «Que deseaba debilitar aquel poder español, que no le parecía buscar la paz más que para tomar aliento y llegar mejor á su primer objeto, que era triunfar del resto del mundo» (2). Enrique IV no perdió de vista ni un instante lo que él llamaba su *gran proyecto*, la humillación de la casa de Austria. La lucha no estaba, pues, más que aplazada, y ha de llenar la primera mitad del siglo XVII.

§ IV.—La política de los papas durante la segunda mitad del siglo XVI.

Felipe II era el campeón del catolicismo; combatió la herejía en Francia, en Inglaterra y en los Países-Bajos. Pero la Iglesia tenía otro jefe, que reclamaba un derecho divino sobre toda la cristiandad. Puesto que estaba empeñada la lucha entre la religión del pasado y la Reforma, los papas debían tomar parte en ella; hasta hubieran debido estar á la cabeza de una cruzada contra los pro-

(1) Conferencia entre el rey Enrique IV y el embajador de España. (*Memorias de NEVERS*, t. II, p. 858.)

(2) PREVOST PARADOL, *Memoria sobre Isabel y Enrique IV*. (Sesiones de la Academia de ciencias morales y políticas, t. XXXIV, p. 118.)

testantes. En vano trató el pontificado de unir á los príncipes católicos contra el protestantismo; los príncipes no atendían más que á su interés político. Si Felipe II estaba siempre armado para la defensa de la fe, es porque su ambición se confundía con el catolicismo: le interesaba que no hubiera más que una sola fe, para que no hubiese más que un solo rey, el rey católico. Los papas eran, pues, los aliados necesarios de Felipe II. Sin embargo, el acuerdo, aunque indicado por la naturaleza de las cosas, no fué tan íntimo como pudiera creerse. Al principio del reinado de Felipe, un papa, animado de un odio ardiente contra el nombre español, trató de expulsar á quella raza maldita de Italia, y á fines del siglo XVI, otro papa rompió la alianza para acercarse á un príncipe contra el cual había lanzado todos sus rayos la Santa Sede. La alianza no existió realmente más que bajo el pontificado de algunos papas, á quienes puede llamarse los papas de la reacción católica. Una pasión seria los inflamaba: querían restablecer la dominación de la Iglesia. Esta grande ambición acalló los pequeños intereses italianos de los obispos de Roma; prestó grandeza á varios pontífices, pero el entusiasmo de la fe no fué de larga duración. Hasta se puede dudar que haya sido tan serio como se le imagina, porque el nepotismo no perdió jamás su imperio; siguió más bien creciendo en el siglo XVII. Este miserable régimen consumió la decadencia del pontificado.

Se ha celebrado mucho la reacción católica; los papas verdaderamente celosos por la causa de la fe fueron una excepción, aún en medio de la lucha del catolicismo y de la Reforma. Hemos visto á Pablo III deplorar el haber sostenido á Carlos V contra los protestantes de Alemania, y deplorar casi la victoria del emperador sobre los herejes. Hemos visto á Pablo IV lanzarse á una guerra apasionada contra el rey católico. Habiendo sucumbido los papas hostiles á España, la Santa Sede sufrió más bien que aceptó la protección del poderoso rey. Después vinieron pontífices insignificantes; Julio III, Pío IV, que se doblegaban á la fuerza. Es preciso llegar hasta Pío V para encontrar un papa convencido hasta el fanatismo. La Iglesia lo celebra como uno de sus santos, y bajo su punto de vista tiene razón; pero el santo católico no es á los ojos de la historia imparcial más que un espíritu

pequeño, cegado por una fe estrecha. Se consagró por completo á la lucha con el protestantismo, y como se creía el defensor de la causa de Dios, no retrocedía ante nada. Incitó á la guerra civil en Francia y se opuso á toda idea de paz entre las dos confesiones; hubiera querido un combate á muerte, como el que existe entre el reino de las tinieblas y el reino de la luz. En los Países Bajos aplaudió la hazaña de un general que no era más que un verdugo: ¡envió una espada bendita al duque de Alba! En Inglaterra fué cómplice de las conspiraciones contra el trono y la vida de Isabel. Sus admiradores se ven obligados á confesar la complicidad de Pío V y de Norfolk; no pueden negar que un papa canonizado ha excitado á los súbditos de la reina de Inglaterra á conspirar contra su gobierno, puesto que tenemos la bula por la que el vicario de Dios alaba los proyectos de los conjurados y les da su bendición, *en el Señor*, exhortándoles siempre EN NOMBRE DEL SEÑOR, á perseverar en su resolución, y prometiéndoles que el DIOS TODOPODEROSO LES ASISTIRÁ CON SU AUXILIO (1). Pero los escritores católicos, en su amor á la verdad, tienen cuidado de no decir nada del designio de los conjurados; sabían, sin embargo, por documentos auténticos que San Pío V excitó al rey de España á entrar en un complot cuyo objeto era asesinar á Isabel (2). Comprendemos que la guerra contra un príncipe hereje sea una obra santa; pero no comprendemos que el asesinato de una reina reformada sea un medio de llegar á la beatificación.

Un asesinato gigantesco se cometió en París por la causa de Dios. En vano trata la Iglesia de rechazar toda solidaridad con los asesinos de la noche de San Bartolomé; las pasiones católicas fueron las que armaron á los asesinos, y la matanza fué celebrada en Roma como una victoria del catolicismo sobre la herejía. No hay crimen que la Iglesia no haya excusado, legitimado, cuando se trata de su interés. En Francia se formó una Liga formidable contra los hugonotes y contra el rey que se negaba á exterminarlos; los miembros de la Liga, en plena insurrección contra su príncipe, enviaron á Roma al jesuita Mathieu para alcanzar la

(1) DE FALLOUX, *Historia de San Pío V*, t. I, p. 321-324.

(2) Véase el tomo IX de mis *Estudios históricos*.

aprobación de la Santa Sede. El papa, habiendo considerado detenidamente « que la primera y principal intención de los individuos de la Liga era tomar las armas contra los herejes, aprobó que así se hiciera y alejó todo escrúpulo de conciencia que se pudiera tener con este motivo, persuadido de que el rey lo aprobaría, y que si así no fuese, no por esto podían dejar de llevar adelante su proyecto » (1). ¡Es decir que la insurrección contra un rey católico era justificada por la única razón de que el monarca no se manifestaba bastante perseguidor! Sin embargo, se debía saber en Roma que entre los jefes de la Liga los había que alimentaban la culpable ambición de destronar á su rey legítimo. La corte de Roma era cómplice, porque ya en el año 1580 un cardenal propuso llamar á los Guisas al trono de la Francia (2); ¡el príncipe que había aconsejado la noche de San Bartolomé, no presentaba ya bastantes garantías al catolicismo! Pero Enrique III estaba en la fuerza de la edad, y era necesario desembarazarse de él por medio del crimen; la Liga se atrevió á proponérselo al Papa. ¡Se deliberó, pues, en Roma sobre un proyecto de asesinato! Oigamos la respuesta que el Santo Padre dió al jesuita Mathieu: « El Papa no encuentra bien que se atente á la vida del rey, porque esto no puede hacerse en conciencia. Pero si fuera posible apoderarse de su persona y poner á su lado gentes que lo dominasen, estaría bien hecho, porque bajo su autoridad sería posible enseñorearse del reino y hacer toda clase de cosas buenas » (3).

Sixto V, como príncipe, no era de opinión de proteger la insurrección; preguntó al embajador de la Liga en qué escuela había aprendido que se pudiesen formar partidos contra la voluntad de su rey legítimo (4). Pero las pasiones religiosas acabaron por arrastrarle; comparó al duque de Guisa con los Macabeos que combatieron por la defensa de su patria, del templo y de la ley (5). Después del asesinato de los Guisas, Sixto V lanzó censuras contra Enrique III, y cuando el rey pereció á manos de un fraile, el

(1) CAPEFIGUE, *Historia de la Reforma*, t. IV, p. 199.

(2) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. III, p. 149, nota.

(3) *Memorias del duque de NEVERS*, t. I, p. 654.

(4) CAPEFIGUE, *Historia de la Reforma*, t. IV, p. 203.

(5) DE THOU, *Historia universal*, lib. XCI.

Santo Padre admiró la acción de la Providencia; veía bien, dice, que Dios protegía á la Francia (1). ¡Así, pues, en el pensamiento del Papa, Dios era cómplice de un asesinato! La muerte de Enrique III dió el trono á Enrique IV. Pero Enrique IV era hugonote; Sixto V se pronunció contra él: «Importa poco, dice, que la corona pase de una familia á otra; lo que importa es que jamás reine en Francia un rey hereje» (2). El Papa contaba con el concurso de todos los Estados católicos para dar fuerza á la excomunion que lanzó contra Enrique IV; pero hasta en la misma Italia, la república de Venecia se apresuró á reconocer al rey hugonote. El nuncio empleó toda clase de medios para apartar al Senado de su resolución; Sixto V llegó hasta á amenazar á los Venecianos con excomulgarlos. El Senado contestó que reconocía á Enrique IV, porque la nación se había decidido por él; que él no tenía por qué ocuparse de la religión del rey, que esto era de la incumbencia del Papa; que si el Santo Padre tomaba inoportunamente contra la república alguna resolución injusta y violenta, ellos se reirían de sus censuras (3). Sixto V cedió; era un espíritu político, aunque aficionado á forjarse ilusiones; comprendió lo que le dijo el embajador de Venecia, que si Felipe II triunfaba en Francia, desaparecería la independencia de los Estados italianos. El Papa estaba dispuesto á entrar en relación con Enrique IV, cuando murió, con gran alegría de los católicos celosos.

Había un partido más católico que el Papa, que no quería oír hablar de transacción alguna. Felipe II se puso, por ambición, á la cabeza de los celosos; sostuvo que Enrique IV, declarado indigno del trono por la Santa Sede, no podía ya reinar aún cuando se convirtiese. El rey de España amenazó á Sixto V con retirarse de la obediencia de la Santa Sede, si se aproximaba á Enrique IV: no consentiría, decía, que se hiciese traición á la causa

(1) «Il papa nel consistorio discorre, che'l successo della morte del re di Francia se ha da conoscer del voler espresso del signor Dio, e ch'è per ciò si doveva con fidar che continuerebbe al haver que'l regno nella sua protezione.» (DISPACCIO VENETO, en RANKE, *Fürsten und Völker*, t. III, p. 171, nota.)

(2) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. III, p. 173, nota 1.

(3) DE THOU, *Historia universal*, lib. XC VII.

de Dios (1). Felipe encontró un papa á su gusto en Gregorio XIV. El Soberano Pontífice no dudó un instante en ponerse á la cabeza de la Liga; declaró que por inspiración divina «se había decidido á ir en su socorro»; le envió dinero y soldados; en fin, impuso el deber á todos los católicos de abandonar el partido de Enrique de Borbon (2). La insurrección se hacía decididamente la causa de Dios. Muchos partidarios del rey de Francia se retrajeron por la autoridad del vicario de Jesucristo; ellos fueron los que indujeron á Enrique IV á convertirse. El jefe de los hugonotes creyó que una corona bien valía una misa: iluminado súbitamente por la gracia divina, volvió á entrar en el seno de la Iglesia.

La conversión de Enrique IV hizo cambiar la política de la Santa Sede. Durante los furros de la reacción católica en Francia, el pontificado había sido forzosamente el aliado del rey de España, porque era su único apoyo. La causa del catolicismo y la de Felipe II estaban tan íntimamente unidas, que era difícil decir si Felipe era el instrumento de Roma, ó si Roma era el instrumento de Felipe. Sin embargo, la dominación española pesaba á los Italianos; en odio á este yugo, que amenazaba pesar sobre toda la cristiandad, se apresuraron tanto los Venecianos á reconocer á Enrique IV, aunque hugonote. Cuando el rey de Francia consintió en pedir la absolución, la alegría fué grande en Roma. El más sabio de los cardenales, Baronio, dice á Du Perron, embajador de Enrique IV, que la historia le había enseñado que la Santa Sede había recibido siempre apoyo de los reyes cristianísimos, mientras que reconocía por la experiencia de los tiempos presentes que los Españoles tenían la ambición de dominar la libertad del Papa (3). El embajador de Venecia escribió en 1595 que los más moderados de los cardenales, es decir, los que no estaban á sueldo de Felipe II, temían que la España dominase por completo lo mismo en lo espiritual que en lo temporal, que ya se lisonjaba de disponer de las elecciones, y que sin el apoyo de la Fran-

(1) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. III, p. 209, nota.

(2) PALMA CAYET, *Cronologia novenaria*. (PETITOT, t. XLVII, p. 62.)

(3) DU PERRON, *Embajadas*, p. 275.

cia era de prever que los Españoles serian dueños absolutos de Roma (1).

Clemente VIII era de la misma opinion; no queria que los papas se convirtieran en capellanes del rey de España. Para romper las cadenas de la Santa Sede no habia más que un medio, una alianza con Enrique IV; si Clemente dudó por tanto tiempo, fué porque por una parte temia el poder de Felipe II, y por otra desconfiaba de la conversion del rey de Francia; además el Papa debia mirar por el prestigio de la autoridad pontificia. Las victorias de Enrique y el temor de un cisma galicano le decidieron. Hay que añadir que los intereses temporales tuvieron tanta parte en su decision como los religiosos. Clemente VIII no era un pontífice á la manera de Pío V ó de Gregorio XII; tenia su ambicion de príncipe italiano; Enrique IV le halagó prometiéndole su apoyo para la conquista de Ferrara. No quiere esto decir que la política dominase precisamente á la religion en Clemente, pero sí que la atendia con gusto y que daba satisfaccion á sus exigencias. A su advenimiento al trono Enrique IV era aliado de todos los Estados protestantes. Después de su conversion, el Papa le propuso que renunciase á su alianza con Inglaterra y con los Países Bajos para entrar en una Liga católica contra Isabel. No costó trabajo al cardenal D'Ossat hacerle comprender lo imposible de aquellos proyectos: «Enrique IV, dice, ha rechazado los errores de los protestantes, pero no puede cambiar la naturaleza de las cosas. Como el reino de Francia no se ha alejado por su conversion de Inglaterra, Zelanda, Holanda y demas países, los tratados, los asuntos y la necesidad mutua que los príncipes vecinos tienen unos de otros, en cuanto á lo temporal, no han cambiado de tal modo que el rey les deba hacer la guerra, y servir al rey de España contra ellos.» Hay más; la alianza de Enrique IV con los protestantes es un bien para la cristiandad y para el mismo Papa. En efecto, «una vez arruinada la corona de Francia, sería muy fácil dar cuenta de los demas príncipes, subyugándolos á todos, sin excluir á la Santa Sede, y dar cima á la monarquía, á la que hace tanto

(1) PAOLO PARUTI, *Relazione*, en ALBERI, II, 4, p. 382.

tiempo se aspira» (1). Hé aquí el lenguaje que un cardenal empleó con un papa á fines del siglo XVI; la política absorbía á la religion. Los papas habian querido reducir á los protestantes por la fuerza; se apercebían, sin embargo, de que la fuerza se volvia contra ellos, poniéndolos á merced del vencedor; preferían, sin atreverse á confesarlo, una cristiandad dividida por el cisma á una unidad católica en manos de un protector de la Santa Sede, que sería su señor. Este es el fin de la unidad de la Edad Media.

§ V.—La ambicion de España y sus resultados.

I.

Un italiano que pasó veintiseis años en una prision española, *Campanella*, escribió un libro, en el que reivindica la monarquía universal para la España (2). Como lo dedicó al rey de España, debemos creer que el autor expresaba los deseos de la ambicion española. En efecto, la obra de *Campanella* es, por decirlo así, la teoría de los hechos que acabamos de referir; es una extraña miscelánea de catolicismo y de política, lo mismo que la *Monarquía de España*, cuyo título lleva. Hemos dicho anteriormente que *Campanella* no reconoce más que un solo y verdadero jefe de la cristiandad, el papa. «Entre los cristianos, dice, no puede haber más monarquía que la del papa» (3). La doctrina del fraile italiano se deriva de las entrañas del catolicismo. Como los reyes de España se llamaban reyes católicos, debían venerar á los papas como vicarios de aquel que fué juntamente rey y sacerdote. ¿Cuál es en este orden de ideas el papel de un monarca universal? «Para ser rey del mundo, responde *Campanella*, es preciso, ó fundar una religion nueva, como Mahoma, ó aceptar la religion católica y hacerse su defensor, como Carlo-Magno. Este último papel es el de

(1) D'OSSAT, *Cartas*, t. I, p. 51 y 294.

(2) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica* (Amsterdam, 1641).

(3) ID., *ibid.*, c. 5, p. 28.